

Ahora, en las viejas cocheras había camiones de reparto, una chatita y uno o dos autos de modelo no demasiado reciente, impecables y llenos de accesorios adicionales. Era la hora de la siesta y el inquilinato estaba en silencio. De una pieza salieron los gritos de un chico que jugaba y la voz ahogada de la madre ordenándole que se callara. D'Arcángelo me tocó en un brazo y por gestos me pidió que lo siguiera. Al fondo de la caballeriza, en medio de tablas con rastros de la antigua pintura y trastos viejos, estaban los restos de un coche de plaza. Sólo quedaban unos girones de la lona de la capota, le faltaban trozos de madera, habían desaparecido todas las partes metálicas y, como tenía nada más que una rueda, así, caído sobre un flanco, parecía un barco encallado. Tito se quedó contemplando la victoria con veneración, como si se tratara del cadáver de alguien querido y respetado. Murmuró: «E la 39.»

En una de las paredes de la pieza seguía puesta la vieja foto de Tesorieri, pero, al contrario que en el café de Chichín, no le hacía compañía la de ningún crack de la nueva época, de la denostada, por Tito, era profesional. Sobre un cajón vi el viejo fonógrafo de bocina, pero al lado había otro eléctrico de modelo antiguo. «¿Le gusta el tango?», preguntó casi excusándose, y de inmediato pareció arrepentido de que se le hubieran escapado las palabras, como si temiera haberse entrometido en mi intimidad, forzarme a que, por cortesía, me viera obligado a mentir. «Sí, por supuesto que me gusta», declaré espontáneamente, porque si bien era cierto que cuando muchacho no lo había sabido apreciar, ya que mi generación se había mostrado reacia a aceptarlo, considerándolo una música demodée y adhiriendo, en cambio, a otros ritmos venidos del extranjero, con los años, subrepticamente, su nostalgia, su sabiduría callejera, había ido conquistándome, pausada pero firmemente. Su expresión se tornó radiante y, a partir de ese momento, me trató con mayor confianza, habiendo descubierto una de esas coincidencias fundamentales que atan indisolublemente los lazos de la verdadera amistad. «¿Y Gardel?», volvió a preguntar más seguro de sí. «Desde luego», respondí de modo obvio. «¿Sí? ¿No quier escuchar un tanguito?», y ya se dirigía a la pila de discos enfundados en sobres gastados y llenos de parches. Puso «Volver» en el tocadiscos eléctrico y me miró sonriente. Me lo estaba dedicando. D'Arcángelo me homenajeara.

Cuando terminó la canción en la voz de Carlos Gardel, que escuchamos en un silencio religioso, Tito encendió el «Primus» y puso la pava. «Vamo a tomar uno mate, no hay como el mate pa combatir el calor.» Le señalé el fonógrafo de la bocina: «¿Qué pasó?» Hizo un gesto de desaliento. «No funciona», dijo. «Este no se le puede compá-

rar. Lo compré de segunda mano. Será todo lo moderno que se quiera pero no tiene nada que hacer al lado del otro.» Echó varias cucharadas de yerba en el mate. «Cuando se descomponía me lo arreglaba un viejito. Pero se murió, y depué no encontré má nadie que lo entendiera. No saben nada. Me decían: «Mirá, Tito, lo mejor que podé hacer e comprarte otro. A la final te va a salir má barato, porque pa arreglarte éste te voy a tené que cobrar casi tanto como lo que cuesta uno nuevo. No saben nada», repitió. «No le tienen cariño a la cosa», y movió la cabeza como diciendo que todo estaba perdido.

Me alcanzó el mate. «Aquel pibe, Martín», dijo con la mirada distante, reflexionando, mientras me indicaba una sillita de paja para que me sentara, «las pasó jodidas». Agarró el mate que le devolvía —se había sentado en un banquito de madera junto al calentador—, volvió a cebar despacito, observando atentamente el chorrillo de agua que iba llenando la calabaza hasta que la espuma verdosa apareció en la boca. Estaba concentrado, pero se veía que era en otra cosa más allá del mate en lo que pensaba, o mejor, como si estuviera leyendo en la espuma, viendo configurarse en la yerba que subía con el agua viejos recuerdos, escenas del pasado. Chupó por la bombilla. «Era muy sensible. Era un pibe noble, con el corazón abierto, de eso que parecen preparado propio pa que todo lo hijo de puta que andan suelto por el mundo le claven el puñal.» El mate rezongó. D'Arcángelo se quedó con él en la mano durante un momento, pensativo. Agregó con rabia: «Empezando por la misma vieja», y luego con amargura y nostalgia al mismo tiempo «que un hombre no pueda creer en la propia madre e lo pior que le puede pasar». Cebó, me volvió a tender el mate. «Y por si fuera poco, el viejo, un tipo sin carácter, un fracasado. Claro, tal pa cual. La mina, cuando salen loca, se buscan esa clase de tipo pa casarse, así, por un lado son la señora de tal, y por otro yiran a su gusto, sin nadie capá de ponerla en vedera. Porque como no tiene un pelo de zonza, saben lo que le espera si se buscan un macho de verdá p'al casorio.»

Afuera, el conventillo empezaba a despertarse de la siesta. Se oían las voces de los vecinos y las de los chicos que se perseguían chillando por el patio de la antigua caballeriza. Una radio sonaba a toda voz.

Tito arrimó la pava al fueguito bajo el calentador. «Gracia a Dío», dijo, «mi viejo habrán sido pobre, pero fueron padre como la gente. El viejo laburó como un perro pa darno de morfar hasta que estuvimo en edá de ganarno la vida, y mi pobre mama, que esté en la gloria, no vivía ma que pa lo hijo. Y mire que éramo un batallón; y como si eso no bastara lavaba y planchaba p'afuera pa ayudarlo al viejo.» Se

había emocionado. Bajó la cabeza para ocultar la cara removiendo la yerba con la bombilla. Tiró una parte en un papel de diario, escarbó con la cucharita de plástico en la yerbera y agregó yerba nueva.

«Tampoco tuvo suerte con la chica», comenté, mirando las camas, una de las cuales era la de Tito y la otra la de Andrés, el loco, la que había ocupado Martín durante el tiempo en que había vivido en esa pieza.

«E cierto», dijo Tito mientras volvía a cebar. «El pibe tuvo mala suerte. La inesperienza. Justo a la edá de la ilusione se la viene a cruzar. Yo a ella no la juzgo. Qué otra cosa se podía esperar con el quilombo que era la casa y con el pirado del viejo, pero justo, justo, lo viene a encontrar a Martín. Claro, hasta cierto punto e lógico, a ella le hacía falta un muchacho noble, como era el pibe, pa que la ayudara a salir del fango en que se arrastraba, pero pa él fue una desgracia, le terminó de arruinar la vida. Si yo hubiera sabido en lo que andaba.»

Me miró. Su rostro afilado había adquirido una expresión noble, solidaria, que, poco a poco, se fue ensombreciendo. Se veía que no haberlo podido ayudar en el momento preciso, quizá por un exceso de discreción, lo hacía sufrir. Parecía que esto le causaba un remordimiento cuya intensidad no había mermado con los años.

«Usted fue muy importante para él», afirmé.

Se le aclaró la expresión, me miró como preguntando: «¿Usted cree?»

«No le quepa la menor duda», agregué. Usted fue una de las pocas personas, quizá la más importante entre todas, por las cuales Martín no se suicidó.»

El semblante volvió a oscurecerse. Parecía no haberle gustado la última palabra. Reflexionó. «Sí, Puchito lo ayudó llevándoselo p'al Su, y también aquella chica que lo recogió la noche en que el pibe andaba como loco.»

«Y usted, usted, Tito», insistí.

Me miró con desconfianza. La pasajera ola de ilusión que lo había recorrido cuando sostuve por primera vez la importancia de su papel, había sido reemplazada por el escepticismo: «Mejor no hablemo», replicó y me tendió el mate. «El último», dije al aceptarlo.

«¿Supo algo más de él?», pregunté.

«Cuando volvió del Su vino a verme.»

Lo interrogué en silencio.

«Estaba má hombre, má fuerte, má curtido..., pero tenía la misma mirada triste de siempre. Lo que nacen como Martín no cambian en

toda la vida. E una cru», y parecía que Tito, en este juicio general aplicado a Martín, se involucraba. Era como si un pudor muy acentuado le impidiera quejarse en nombre propio de los infortunios e injusticias de la vida, de los golpes recibidos de los otros que, menos escrupulosos, más egoístas y más pragmáticos, se encaraman al carro del poder pisando y azotando a los que han quedado abajo por debilidad o por honestidad.

Esta vez fui yo el que se despidió. Tito me acompañó hasta el portón permanentemente abierto del inquilinato. Los vecinos habían sacado las sillas a las galerías y lo saludaban: «Salú, Tito. ¿Ganamo esta noche en Mar de Plata? Anda bien el equipo, ¿eh?» El respondía con frases cortas, prudentes y llenas de reserva: «Vamo a ver.» «E probable.» «Hay que esperar. No no apresuremo.» Los chicos jugaban en el patio. Un hombre en camiseta, con un balde en la mano, lavaba uno de los autos estacionados en las antiguas cocheras.

Cuando llegamos a la puerta le tendí la mano. Tito me la estrechó en silencio. Agotado el tema que me había servido de excusa, acerca del cual D'Arcángelo había dicho todo aquello de lo que era capaz, pregunté: «¿Nos volveremos a ver?» El, que tal vez no se había atrevido a proponerlo por ese recato típico de porteño, que en él se manifestaba de modo particularmente acusado, y esa discreción que le impedía ir un poco más allá por temor a inmiscuirse en los asuntos de los otros, pareció alegrarse de mi invitación y respondió sonriendo: «Por supuesto. Cuando usted quiera.»

A partir de entonces nos vimos con regularidad. Habitualmente iba a buscarlo al bar de Chichín, de quien también me había hecho amigo. Cuando llegaba antes que D'Arcángelo nos poníamos a charlar, generalmente de fútbol o de política. Chichín no terminaba de comprender las causas de las calamidades que tenían que sufrir el equipo y el país. Hacía sus observaciones y se quedaba anhelante, esperando que mis respuestas le revelaran repentinamente un orden de las cosas, que aunque confirmara la desgracia, le diera la tranquilidad de que todo tenía su razón de ser, de que el sufrimiento no era además absurdo. Con D'Arcángelo, a veces, aunque él parecía preferir su mesa en el bar, nos íbamos a caminar en los atardeceres de ese verano y del otoño que lo siguió. Eran paseos apacibles, durante los cuales ninguno de los dos se mostraba excesivamente locuaz, creo que debido a una serenidad que la tarde y la calma de nuestros pasos iban transmitiéndonos y que incluso parecía sosegar la característica inquietud de Tito.

No solíamos salir del barrio porque adivinaba en D'Arcángelo una resistencia a cruzar la frontera de Martín García, como si tuviera rece-

lo de internarse en un territorio desconocido, y no quería violentarlo. Alguna vez que lo hicimos, sin embargo, Tito se puso nervioso, más que de costumbre, era algo inaprehensible de la ciudad que parecía intimidarlo y que, al mismo tiempo, lo maravillaba. Comentó, casi para sí, con frases que daban la sensación de escapársele de modo involuntario: «¡Qué linda e Bueno Saire! Uno nunca termina de conocerla.» Y una vez en que llegamos caminando hasta el obelisco dijo, de ese mismo modo compulsivo, el subconsciente emergiendo irreprimiblemente en las palabras: «¡El centro, qué bárbaro, está papa, el tiempo que hacía que no lo veía!»

Durante una de esas caminatas me preguntó tímidamente: «¿Vino pa quedarse?» «No sé, Tito», le contesté. «Todavía no sé lo que voy a hacer.» Pareció que mi respuesta lo entristecía y esa tarde no volvió a hablar hasta que nos despedimos.

En otra ocasión en que se mostraba especialmente comunicativo me habló de María Elena, la hija del caudillo conservador de Barracas al Norte, de la que había estado enamorado y que ya una vez, al principio de nuestra amistad, estuvo a punto de mencionar. Aún ahora, tantos años después, cuando María Elena debía ser abuela, o tal vez estaría muerta, la recordaba como entonces, como la pebeta rubia que parecía un sueño, y seguía enamorado de ella. Hoy, viejo, con el pelo blanco, Tito mantenía las ilusiones.

Un día, por fin, me despedí de él. Volvía a Europa una vez más. «Lo envidio», me dijo. «Si tendría guita yo también me iba a Uropa. Un tiempo, sabe, pa conocer, porque a Bueno Saire no lo dejo, pa mí no hay nada como Bueno Saire. Usté tal vez se va a reir, pero pese a todo no me arrepiento, de mi vida digo, de haber sido pintor en lugar de marinero y de no haber salido nunca de esta ciudá. Cada uno tiene su destino, y el mío, está claro que tiene nombre: Bueno Saire.» Miró a un punto indeterminado, y en su mirada distante pareció vagar la nostalgia por todo ese mundo que nunca había conocido. Se sonrió y agregó con una cierta obstinación: «Acá estoy contento, sabe, porque yo a esta ciudá la llevo en el cuore», mientras se golpeaba con el índice el pecho esmirriado.

Me apretó la mano. «Si vuelve, aparezca, acá tendrá siempre un amigo.»

Me fui cruzando Martín García, bordeé el parque y subí la barranca por Brasil. Miraba las calles, las casas, los pibes, las mujeres gordas que salían a la puerta en batón floreado, con otros ojos diferentes a aquellos con los que había llegado. Había recuperado la capacidad de sentir otra vez el alma de Buenos Aires. La había recuperado gra-

cias a Tito, que me había enseñado a reconocer las cosas familiares como un médico cuidadoso y sensible hace con el enfermo a quien restituyó la vista después de una larga ceguera. Buenos Aires y yo nos pertenecíamos otra vez. Me iba, pero ahora sabía que habría de regresar, y esto se lo debía a Humberto J. d'Arcángelo.

JORGE A. ANDRADE

Rua J. A. Ferreira, 16, 2.º
2765 Estoril
PORTUGAL